

GREER HENDRICKS
Y SARAH PEKKANEN

UNA
CHICA
ANÓNIMA

UNA NOVELA

Para ganar algo de dinero, Jessica Farris acepta participar en un estudio psicológico sobre ética y moralidad. Pero a medida que el experimento va de la clínica hacia el mundo real, se comienza a desdibujar la línea entre lo que es verdadero y lo que no lo es.

Shields, quien lidera el estudio, parece saber lo que Jess está pensando... y lo que está escondiendo.

El comportamiento de Jessica no solo será monitoreado, sino también manipulado.

Atrapada dentro de una red de atracción, engaño y celos, Jess aprende rápidamente que algunas obsesiones pueden ser mortales.

De las autoras del *bestseller* *La esposa entre nosotros*, Greer Hendricks y Sarah Pekkanen, *Una chica anónima* promete mantenerte cautivado por todas las sorpresas que te dejarán sin palabras.

*De Greer:
A mis padres, Elaine y Mark Kessel*

*De Sarah:
Para Roger*

Primera Parte

Se buscan mujeres de entre dieciocho y treinta y dos años para participar en una investigación sobre ética y moral dirigida por un prominente psiquiatra de Nueva York. Compensación generosa. Se garantiza el anonimato. Llame para más detalles.

Es fácil juzgar las decisiones de otros. La madre con el carrito del supermercado lleno de cereales azucarados y galletas que le grita a su bebé. El conductor de un convertible de lujo que le cruza al frente a un vehículo más lento. La mujer de la cafetería silenciosa que habla a todo volumen en el celular. El marido que engaña a su esposa.

Pero ¿y si supieras que la madre había perdido el trabajo ese día?

¿Y si el conductor le había prometido a su hijo que llegaría a tiempo a su obra de teatro escolar, pero su jefe insistió en que participara en una reunión de última hora?

¿Y si la mujer de la cafetería acababa de recibir una llamada del amor de su vida, del hombre que le había roto el corazón?

¿Y si la esposa del adúltero habitualmente le daba la espalda cuando él la tocaba?

Quizás juzgarías instantáneamente también a una mujer que decide revelar sus secretos más íntimos a un extraño a cambio de dinero. Pero, suspende las suposiciones, por lo menos por ahora.

Todos tenemos razones para justificar nuestros actos. Aunque las escondamos de quienes creen conocernos bien. Aunque estén tan profundamente sepultadas que nosotros mismos no las reconozcamos.

Capítulo Uno

Viernes, 16 de noviembre

MUCHAS MUJERES QUIEREN QUE el mundo las vea de una determinada manera. Mi trabajo es crear esas metamorfosis en sesiones de cuarenta y cinco minutos.

Mis clientas se ven distintas cuando termino de arreglarlas. Se sienten más confiadas, más radiantes. Hasta más contentas.

Pero solo puedo ofrecer una solución temporal. La gente vuelve a ser, invariablemente, como era antes.

El cambio verdadero requiere algo más que las herramientas que yo manejo.

Son las cinco y cuarenta de un viernes por la tarde. La hora pico. Con frecuencia, también es la hora en que alguien desea verse como la mejor versión posible de sí misma, de manera que acostumbro bloquear este periodo de tiempo en mi agenda personal.

Cuando las puertas del metro se abren en Astor Place, soy la primera en salir. El brazo derecho me duele por el peso del maletín de maquillaje, como siempre sucede al final de un día largo.

Lo arrastro detrás de mí para que quepa por el estrecho pasadizo —es la quinta vez que paso por el torniquete

hoy, y mi rutina ya es automática— y subo con prisa por las escaleras.

Cuando llego a la calle, meto la mano en el bolsillo de la chaqueta de cuero para sacar el celular. Le doy un golpecito a la pantalla y se despliega mi calendario, que BeautyBuzz actualiza continuamente. Yo les informo las horas que tengo disponibles para trabajar y ellos me mandan las citas por mensaje de texto.

Mi último compromiso hoy es cerca de la calle Ocho y University Place. Son dos clientas, así que es una cita doble: noventa minutos. Tengo la dirección, los nombres y un número de teléfono de contacto, aunque no tengo idea de quién estará esperando al otro lado de la puerta.

Pero no les temo a los desconocidos. He aprendido que me pueden producir más sufrimiento los rostros familiares.

Me aprendo de memoria la localización exacta y luego avanzo por la calle, esquivando la basura regada de un contenedor volcado. Un comerciante tira de la cortina de seguridad de la tienda, que produce un estrépito metálico según va bajando. Un trío de estudiantes con mochilas colgadas del hombro se dan empujones en son de broma cuando paso por su lado.

Estoy a dos cuadras de mi destino cuando oigo sonar el celular. El identificador de llamadas muestra que es mi mamá.

Dejo que dé timbre una vez, mirando fijamente la pequeña foto circular de mi sonriente madre.

La veré dentro de cinco días, cuando vaya a casa para Acción de Gracias, me digo a mí misma.

Pero no puedo dejar de contestar.

La culpa siempre es mi carga más pesada.

—Hola, mamá. ¿Todo bien? —le pregunto.

—Todo está bien, hija. Solo quería saber si tú estás bien.

Me la imagino en la cocina de la casa suburbana de Filadelfia donde me crie. Revuelve la salsa para la carne en

la estufa –ellos cenan temprano y el menú de los viernes es siempre carne asada con puré de papas– y luego destapa una botella de Zinfandel y se sirve la única copa que se permite tomar los fines de semana.

Unas cortinas amarillas adornan la ventana que está sobre el fregadero, y una toalla de cocina que cuelga del tirador de la estufa tiene las palabras *con las manos en la masa* superpuestas a la imagen de un rodillo de amasar. Los bordes del empapelado de flores se están despegando de la pared y una abolladura marca el lugar donde mi padre pateó la nevera cuando los Eagles perdieron en la eliminatoria.

La cena estará lista cuando mi padre entre por la puerta de regreso de su trabajo como vendedor de seguros. Mi madre lo recibirá con un beso rápido. Llamarán a mi hermana, Becky, para que venga a comer y la ayudarán a cortar la carne.

–Becky se cerró sola el abrigo esta mañana –dice mi madre–. Sin nada de ayuda.

Becky tiene veintidós años, seis menos que yo.

–¡Estupendo! –respondo.

A veces quisiera vivir más cerca para ayudar a mis padres. Otras veces, me avergüenzo de lo agradecida que estoy de que no sea así.

–Oye, mamá, ¿puedo llamarte después? Voy de prisa al trabajo.

–¿Te contrataron para otro *show*?

Titubeo. Mamá ahora se oye más animada.

No puedo contarle la verdad, así que digo sin pensar:

–Sí, es una producción pequeña. Probablemente no reciba mucha publicidad. Pero el maquillaje es bien elaborado, muy poco convencional.

–Estoy realmente orgullosa de ti –asegura mi madre–. No puedo esperar a la semana próxima para que me cuentes.

Siento como que quiere añadir algo más, pero, aunque todavía no he llegado a mi destino –un complejo de viviendas estudiantiles de la Universidad de Nueva York– termino la llamada.

–Dale un beso a Becky de mi parte. Te quiero.

Pongo en práctica mis reglas de trabajo incluso antes de llegar.

Evalúo a mis clientas tan pronto las veo –me fijo en unas cejas que podrían verse mejor oscureciéndolas, o una nariz que habría que contornear para que se vea más perfilada– pero reconozco que mis clientas me están evaluando también.

La primera regla: mi uniforme extraoficial. Me visto toda de negro, lo que evita tener que coordinar un conjunto distinto todas las mañanas. También envía un mensaje sutil de autoridad. Seleccioneo piezas cómodas, lavables a máquina, que se vean tan frescas a las siete de la noche como a las siete de la mañana.

Como el espacio personal desaparece cuando estás maquillando a alguien, las uñas las llevo cortas y limadas, el aliento con olor a menta y los rizos recogidos en un moño en la nuca. Nunca me desvío de esta norma.

Me desinfecto las manos con Germ-X y me echo una menta a la boca antes de tocar el timbre del apartamento 6D. He llegado con cinco minutos de adelanto. Otra de mis reglas.

Tomo el ascensor al sexto piso y luego busco el origen de la música a todo volumen –es «Roar», de Katy Perry– hasta encontrar a mis clientas al fondo del pasillo. Una está en bata de baño y la otra lleva una camiseta y pantaloncitos bóxer. Huelo en el aire la evidencia de su último tratamiento de belleza; los químicos que usaron para hacerle mechas a la chica llamada Mandy, y el esmalte de uñas que Taylor se seca agitando las manos en el aire.

—¿A dónde van esta noche? —pregunto. En una fiesta la luz probablemente sea más intensa que en un club; una cita para cenar requeriría un maquillaje más delicado.

—A Lit —responde Taylor.

Cuando se percata de mi mirada en blanco, añade:

—Está en el Meatpacking District. Drake estuvo ahí anoche.

—¡Genial! —comento.

Zigzagueo por entre las cosas que están tiradas en el suelo —un paraguas, un suéter gris estrujado, una mochila — y empujo hacia un lado de la mesa de la sala las palomitas de maíz y las latas medio vacías de Red Bull para colocar mi maletín. Lo abro y los lados se separan como un acordeón, dejando ver bandejas superpuestas de maquillaje y brochas.

—¿Qué tipo de *look* desean?

Algunas maquilladoras empiezan a trabajar enseguida para atender la mayor cantidad posible de clientas en un solo día. Yo aprovecho el tiempo adicional que he separado en mi calendario para hacer algunas preguntas. El que una mujer quiera los ojos ahumados y nada en los labios no significa que otra no desee los labios rojos y solo un poco de máscara de pestañas. Invertir tiempo durante esos minutos iniciales me ahorra tiempo al final.

Pero también confío en mis instintos y observaciones. Cuando estas chicas dicen que quieren un *look* playero y seductor, en realidad sé que lo que quieren es parecerse a Gigi Hadid, la modelo que aparece en la portada de la revista que está tirada sobre el sofá.

—¿Y qué estudian? —les pregunto.

—Comunicaciones. Las dos queremos trabajar en relaciones públicas. —Mandy suena aburrida, como si yo fuese un adulto engorroso que le pregunta qué quiere ser cuando sea grande.

—Parece interesante —comento, arrastrando una silla de espaldar recto hasta el punto donde mejor luz hay, direc-

tamente bajo la lámpara del techo.

Comienzo con Taylor. Tengo cuarenta y cinco minutos para crear la imagen que ella quiere ver en el espejo.

–Tienes una piel maravillosa –afirmo. Otra regla: en todas las clientas, encontrar un rasgo que puedas elogiar. En el caso de Taylor, no es difícil encontrarlo.

–Gracias –contesta, sin levantar la mirada de su celular. Comienza a hacer comentarios en voz alta sobre lo que ve en Instagram–: ¿Alguien quiere, realmente, ver más fotos de bizcochitos? Jules y Brian están tan enamorados que es asqueante. Puesta de sol inspiradora, bien... complacida de que estén disfrutando de una excitante noche de viernes en su balcón.

Al trabajar, la conversación de las chicas se convierte en ruido de fondo, como el zumbido de un secador de pelo o del tráfico de la ciudad. Estoy ensimismada en los diferentes tonos de base que le he aplicado a Taylor en la mejilla para poder dar con uno que tenga el tono exacto de su piel, y en la mezcla de tonalidades de cobre y arena que combino en mi mano para hacer resaltar los rayos dorados de sus ojos.

Le estoy aplicando bronceador en las mejillas cuando suena el timbre de su celular.

Taylor deja de marcar corazones en Instagram y alza el teléfono:

–Número privado. ¿Contesto?

–¡Sí! –responde Mandy–. Podría ser Justin.

Taylor hace una mueca con la nariz.

–Pero ¿quién contesta el teléfono un viernes por la noche? Que deje un mensaje.

Unos instantes más tarde, activa el altavoz y una voz masculina retumba en la habitación:

–Habla Ben Quick, el asistente de Shields. Confirмо sus citas este fin de semana; mañana y el domingo, de ocho a diez de la mañana. En Hunter Hall, Salón 214. La veré en el vestíbulo para acompañarla arriba.

Taylor pone los ojos en blanco y yo retiro el cepillo de la máscara de pestañas.

–¿Podrías mantener quieta la cara, por favor? –le pido.

–Perdona. ¿Estaba loca, Mandy? Voy a tener demasiada resaca para levantarme temprano mañana.

–Pues no vayas.

–Ajá. Pero son quinientos dólares. Eso da para un par de suéteres de rag & bone.

Esas palabras rompen mi concentración; quinientos es lo que gano por diez trabajos.

–Bah. Olvídalo. No voy a poner la alarma para ir a contestar un estúpido cuestionario –afirma Taylor.

Qué buena vida, pienso, mirando el suéter tirado en la esquina.

Entonces, se me escapa la pregunta:

–¿Un cuestionario?

Taylor se encoge de hombros.

–Alguien del departamento de Psicología necesita estudiantes para una investigación.

Me pregunto qué tipo de preguntas tendrá el estudio. Quizás es como un test de personalidad de Myers-Briggs.

Me retiro un poco y observo con detenimiento el rostro de Taylor. Es una belleza clásica, con una estructura ósea envidiable. No necesita el tratamiento completo de cuarenta y cinco minutos.

–Como vas a salir hasta tarde, voy a delinearte los labios antes de aplicar el brillo –le explico–. Así el color durará más.

Saco mi brillo labial favorito, que lleva el logotipo de BeautyBuzz en el tubo, y lo aplico a los labios carnosos de Taylor. Cuando acabo, ella se levanta para mirarse en el espejo del baño, seguida de Mandy.

–*Guaa* –oigo decir a Taylor–. Es buena de verdad. Vamos a tomarnos un selfi.

–¡Tengo que maquillarme primero!

Comienzo a guardar los cosméticos que usé para Taylor y a pensar en lo que voy a necesitar para Mandy cuando caigo en cuenta de que Taylor ha dejado su celular en la silla.

Mi excitante noche del viernes consistirá en sacar a caminar a mi terrier, Leo, y a lavar las brochas de maquillaje, después de haber tomado el autobús hasta el otro lado de la ciudad a mi pequeño monoambiente del Lower East Side. Estoy tan agotada que es probable que ya esté en la cama antes de que Taylor y Mandy ordenen sus primeros tragos en el club.

Miro el celular de nuevo.

Y miro hacia la puerta del baño. Está medio cerrada.

Apuesto a que Taylor no se va a ocupar de contestar la llamada para cancelar la cita.

–Tengo que comprar el iluminador que usó –dice Taylor.

Quinientos dólares ayudarían mucho al pago de mi alquiler este mes.

Ya conozco mi agenda para mañana. Mi primer trabajo es al mediodía.

–Voy a pedir que me haga un maquillaje dramático de los ojos –dice Mandy–. ¿Habrás traído pestañas postizas?

Hunter Hall, de ocho a diez de la mañana. Recuerdo esa parte. Pero ¿cómo se llamaban el doctor y su asistente?

No tomo la decisión expresa de hacerlo, sino que un instante me encuentro mirando el celular y un instante después, lo tengo en la mano. Ha pasado menos de un minuto; no se ha bloqueado todavía. Aun así, tengo que mirar hacia abajo para navegar hasta la pantalla de los mensajes de voz, pero eso significa despegar los ojos de la puerta del baño.

Toco la pantalla para escuchar el mensaje más reciente y llevo el celular a mi oreja.

La puerta del baño se mueve y veo a Mandy que empieza a salir. Me doy vuelta y el corazón se me quiere salir por la boca. No voy a poder colocar el celular de nuevo en su lugar sin que ella me vea.

Ben Quick.

Puedo fingir que se cayó de la silla, pienso desesperada. Le diré a Taylor que solo lo recogí del piso.

—¡Espera, Mandy!

El asistente de Shields... de ocho a diez a. m....

—¿Le pido que me ponga un color de labios más oscuro?

¡Dale!, pienso, tratando mentalmente de hacer que el mensaje vaya más rápido.

Hunter Hall, Salón 214.

—Quizás —responde Mandy.

La veré en el...

Cuelgo y dejo el celular en la silla justo cuando Taylor entra en la habitación.

¿Lo habrá dejado boca arriba o boca abajo? Pero antes de que me dé tiempo a recordar, ya Taylor está a mi lado.

Mira fijamente su celular y el estómago se me hace un nudo. He metido la pata. Ahora recuerdo que lo dejó sobre la silla con la pantalla hacia abajo. Lo coloqué mal.

Trago con dificultad, tratando de pensar en una excusa.

—Oye —me dice.

Levanto la mirada hasta encontrar la suya.

—¡Me encanta! ¿Pero podrías ponerme un brillo labial un poco más oscuro?

Se deja caer en la silla y exhala lentamente.

Le maquillo los labios dos veces —la primera de color bellota y luego del color original, sosteniendo el codo derecho con la palma de la mano izquierda para que el temblor de mis dedos no estropee las líneas— y cuando termino, el pulso ya ha vuelto a la normalidad.

Cuando salgo del apartamento al son de un «Gracias» distraído de las chicas en lugar de una propina, ya tengo tomada la decisión.

Pongo la alarma de mi celular para las 7:15 a. m.

Sábado, 17 de noviembre

A la mañana siguiente, repaso mi plan con cuidado.

A veces una decisión impulsiva puede cambiarte la vida.

No quiero que eso me suceda de nuevo.

Espero delante de Hunter Hall, mirando de vez en cuando en dirección al apartamento de Taylor. Está nublado y el aire se siente espeso y gris, así que por un momento confundo a otra joven que corría hacia mí con ella. Pero es solo alguien que salió a trotar. Cuando dan las ocho y cinco y parece que Taylor todavía duerme, entro al vestíbulo, donde un tipo vestido con caquis y una camisa azul de botones mira su reloj.

—¡Lamento llegar tarde!

—¿Taylor? —responde—. Soy Ben Quick.

Había apostado a que Taylor no llamaría para cancelar, y tenía razón.

—Taylor está enferma y me pidió que viniera yo a hacer el cuestionario. Me llamo Jessica. Jessica Farris.

—Oh. —Ben pestañea. Me mira de arriba abajo, examinándome con más atención.

En vez de los botines del día anterior, llevo unas Converse y una mochila de nilón colgada de un hombro. Pensé que no vendría mal parecer una estudiante.

—¿Puedes esperar un momento? —dice finalmente—. Necesito consultar con Shields.

—Por supuesto. —Trato de imitar el tono de aburrimiento que usó Taylor anoche.